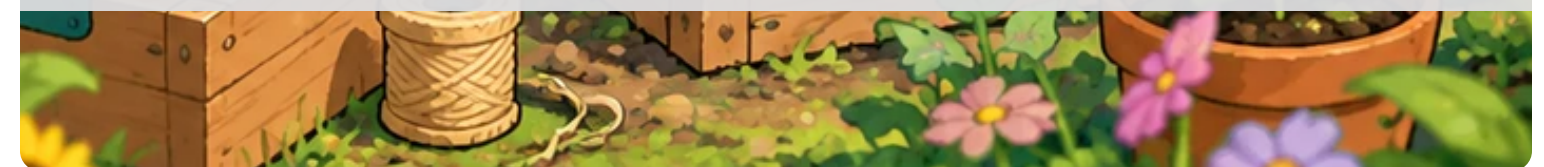




El gran invento del Jardín Sol

Dayra Pardo





En un caluroso día de verano, el pequeño Leo y sus amigos descubrieron que el jardín comunitario del barrio comenzaba a secarse. Las hojas de las flores estaban caídas y la tierra lucía gris y cuarteada por la falta de humedad. Todos sabían que debían encontrar una solución rápidamente antes de que las plantas se marchitaran por completo.



Cargar pesados cubos de agua uno por uno desde el grifo del parque resultaba muy agotador y demasiado lento. Después de dar varios viajes caminando bajo el intenso sol, Leo se detuvo a secarse el sudor y comprendió que ese método no era suficiente. Necesitaban una alternativa mucho más eficiente para hidratar las flores sin agotar a todo el equipo.



Para resolver el dilema, los niños comenzaron a poner en práctica un pensamiento divergente proponiendo una enorme diversidad de alternativas. Maya sugirió usar vasos de plástico, Mateo propuso viejas regaderas, Leo pensó en botellas recicladas y otro amigo sugirió cubitos de juguete y esponjas gigantes. La imaginación del grupo se expandió al máximo para abarcar todas las posibilidades existentes.



Pronto comenzó a surgir una fluidez ideacional asombrosa, donde la mención de una idea encendía espontáneamente la siguiente. La propuesta de utilizar una botella de plástico llevó de inmediato a hacerle pequeños agujeros en la base, lo que a su vez sugirió conectar varias botellas en fila y colgarlas de la cerca para capturar la lluvia. Las ideas se encadenaban una tras otra sin interrupción.



Aplicando un pensamiento convergente, los niños colocaron todas las propuestas sobre una mesa de madera para compararlas cuidadosamente. Evaluaron el esfuerzo necesario para cada una, el material disponible y la cantidad de agua que podían distribuir. Tras sopesar los pros y los contras, seleccionaron unánimemente el sistema de botellas conectadas como la opción más adecuada.



Los pequeños marcaron una verdadera innovación disruptiva al transformar por completo la forma habitual de resolver el problema. En lugar de repetir la cansada rutina de llevar agua manualmente hasta las plantas, diseñaron un sistema continuo donde el agua viajaba sola a través de botellas interconectadas. Cambiaron el método tradicional por una alternativa automatizada y accesible.



Con gran entusiasmo, reunieron docenas de botellas transparentes recicladas por todo el vecindario. Con cuidado cortaron las bases, ensamblaron los cuellos de plástico y colocaron los tubos a lo largo de las hileras de plantas. El canal cobraba forma rápidamente mientras los niños trabajaban unidos y sonrientes.



Para marcar su propia originalidad disruptiva, el grupo transformó la estructura en una creación única y totalmente personalizada. Decoraron el canal con coloridos molinillos hechos con tapones de plástico que giraban alegremente cuando pasaba el agua, convirtiendo un simple sistema de riego en una colorida escultura interactiva.



El éxito del proyecto desató una nueva ola de fluidez ideacional en el equipo. Al ver el agua correr por la tubería, los niños comenzaron a generar de inmediato más iniciativas: pintar carteles decorativos para las plantas, diseñar minicaptadores de agua para cada maceta y construir casitas de madera para las abejas del jardín.



Gracias a su inventiva y espíritu colaborativo, el Jardín Sol volvió a florecer con colores radiantes y hojas verdes llenas de vida. Los vecinos del barrio se acercaron maravillados a admirar la ingeniosa máquina de riego, celebrando el talento y la gran imaginación de los pequeños creadores.